

Simplemente una introducción

Por Gustavo Corvalán

Desde Hay que decirlo con libertad hoy queremos recordar a uno de los grandes intelectuales que ha dado nuestra provincia, el Doctor Dardo Pérez Gilhou. Lo vamos a hacer a través de las palabras de sus hijas Margarita y Graciela.

No pretendemos hacer una biografía, solamente unos rasgos de este hombre a quien tuve el honor de conocer, y hacer un curso de su especialidad, Derecho Constitucional. ¿Cómo definirlo? Un Profesor, su pasión era la enseñanza, generoso en la palabra y en los actos. Un hombre fiel a sus ideas, coherente con ellas, independiente estemos o no de acuerdo.

Un incansable investigador. Autor de innumerables trabajos, que están en bibliotecas a lo largo y ancho del país. El resultado de estas investigaciones, algunas de más de cincuenta años, aún hoy no han sido superadas en su profundidad y calidad.

Después de esta breve semblanza, van a conocer al hombre a través de los recuerdos de Margarita y Graciela. Si quieren conocer su obra los invitamos a visitar cualquier biblioteca donde van a encontrar algunas de sus obras.

DARDO PÉREZ GUILHOU

Por Margarita y Graciela Pérez Hualde

Hablar de papá nos llena de orgullo, y nos emociona recordarlo. Tenemos imágenes muy vívidas de nuestra infancia junto a él: las anécdotas que nos contaba, de sus años de estudiante en La Plata; las vacaciones en la Costa que compartíamos cada verano, las charlas en jeringozo, los partidos de truco y las revistas “Patoruzito”.

Desde muy chicos nos trató de “usted”, y nosotros a él. Eso llamaba mucho la atención de nuestros compañeros y amigos, pero en ese trato siempre hubo cariño y un halo de respeto hacia nosotros, y se mantuvo hasta su último día.

Recordamos también que vivíamos rodeados de libros, su mayor tesoro. Y decir rodeados es literal, porque había en todos los rincones de la casa. Eran pilas que en su gran mayoría ya había leído, aunque siempre había un puñado de libros que le regalaban y que en algún momento iba a leer, pero jamás en sus vacaciones, cuando aprovechaba para distraerse de la intelectualidad y disfrutaba sus novelas cortas de cowboys.

Durante nuestra infancia los domingos, después de misa, eran de picnic. Podía ser en La Crucesita o en el Parque Chachingo. Ese día, papá nos despertaba con una corneta improvisada hecha con un diario Los Andes enrollado. En más de una ocasión invitaba a algún alumno a acompañarnos.

Siendo adolescentes por momentos pensábamos que teníamos demasiados hermanos: no sólo los de sangre, sino también los alumnos a los que él atendía durante largas horas de consulta en casa. Nos daba celos su entrega y la admiración que despertaba en sus discípulos, pero con el tiempo reconocimos lo importante que fue para ellos que Dardo les transmitiera la pasión y la dedicación al estudio y la investigación.

Durante los años en que ejerció como abogado, la mitad de los casos los llevó sin cobrar, pero sus clientes sabían que le gustaban los dulces, cualquiera mientras fuera casero, así que lo recompensaban con una gran variedad que todos disfrutábamos.

Cuando se sentaba a redactar un trabajo siempre lo hacía a mano: no podían faltarle un block borrador de “Rey Desa”, un lápiz Faber número 2 y un lápiz mitad rojo y mitad azul para resaltar algún párrafo. No sabía escribir a máquina. Su último libro lo escribió a los 84 años, también a mano.

Su otra gran pasión, heredada de su abuelo y su padre, fueron los gallos de riña. Disfrutaba criarlos y entrenarlos. Generalmente era su hobby de los sábados, aunque, más de una vez viajó a distintas provincias a llevar sus gallos a torneos.

Siempre nos transmitió la importancia de tratar a todos por igual, y lo hizo con su ejemplo: en cada lugar donde trabajó se lo podía encontrar en la cocina desayunando con los ordenanzas y administrativos.

Su pasión por la docencia la heredamos todos. Cada uno de sus seis hijos tuvimos la libertad de elegir la rama que más nos gustara, y su aliento y apoyo fueron fundamentales.

Siempre nos transmitió la importancia de que la familia estuviera unida, y se ocupó de eso invitándonos cada sábado a almorzar juntos en su casa en Drummond. Gracias a esa constancia hoy tenemos una hermosa amistad entre hermanos que se extiende a nuestros hijos, sus quince nietos.

A pesar de que ya pasaron ocho años de su partida, todos los que lo conocieron, tanto en el aula como en la gallera, lo recuerdan con cariño y nos hablan de su generosidad intelectual y de sus cualidades de gran maestro. Eso nos llena de orgullo.

Graciela y Margarita Pérez Hualde

